

Nuestra prestigiosa cultura de antaño

(Apostilla clásico- bibliográfica)

Por demasiado sabido, y por la vergüenza natural que necesariamente ha de producirnos, hace ya años que nadie hace referencia al tema de la lamentable pobreza del estudio y del conocimiento entre nosotros de las humanidades clásicas griega y latina.

No han faltado voces ineptas y sin autoridad alguna en la materia que de tiempo en tiempo se han alzado para con petulancia inconcebible reclamar la total desaparición de la pequeñísima dosis de latinidad que todavía se ha solido administrar a nuestros alumnos de bachillerato.

Ninguna persona de regular cultura necesita que se le recuerde cómo las naciones de más intenso progreso industrial, económico, social, político y nada digamos cultural han sido aquellas que han conservado más profunda tradición humanística en su plan de estudios y en la formación de sus ciudadanos. Nótese que decimos en la **formación** de sus ciudadanos, porque el industrial y el político y el economista serán tanto más capaces y competentes, cuanto mejor **formados** estén primero como hombres. Y esa formación humana (humanística) se ha comprobado por la experiencia de muchos siglos y de muchos pueblos, se adquiere de manera eminente mediante el estudio y el conocimiento adecuado de los grandes autores de la antigüedad clásica griega y latina.

Del insustituible valor de esta formación clásica tuvo conciencia inmediata el cristianismo; y por eso ya desde los primeros siglos cristianos, y luego al través de toda su historia, a pesar de su lucha tenaz frente y contra el paganismo, fueron los Padres maestros y Doctores de la Iglesia cristiana los más empeñados en el estudio y en la divulgación de los estudios de aquellos autores paganos, griegos y latinos, en cuyas

obras encontraban un medio admirable de formación equilibrada y humana. Cuando la tradición nos refiere que el gran orador y doctor San Juan Crisóstomo conservaba a la cabecera de su cama un volumen de las comedias de Aristófanes, o que el genio inigualable de San Agustín florecía con la lectura de ciertos pasajes de la **Eneida**, vemos en esos datos un reflejo del aprecio que los doctores de la Iglesia cristiana hacían de las obras de la antigüedad clásica.

Cuando algunas veces se habla o se escribe, con evidente sentido parcializado, acerca del atraso cultural de nuestro país en la época colonial, podríamos llegar a conceder que existieron fallas o deficiencias en determinadas ramas del saber, aunque no ciertamente por desidia o abandono de los encargados de promover el adelanto cultural, sino porque el desarrollo económico y social de nuestro medio había sido tan lento y precario que mal podía aspirarse al goce de una cultura tan completa como la que disfrutaron otras regiones de hispanoamérica. Y por eso se advierte cómo apenas nuestra región logró un desarrollo eficaz y rendidor de su riqueza, y con ello un margen más amplio en su vida social, —lo cual ocurre en el siglo XVIII,— (época de la Compañía Guipuzcoana, y de la riqueza del cacao), entonces mismo también va gradualmente ampliándose nuestra cultura y los medios de promoverla.

Pero no hay que perder de vista que lo fundamental de toda cultura era entonces, —y debía haber seguido siéndolo—, como lo fué aún durante buena parte de nuestro primer siglo de vida independiente, la formación integral y equilibrada del hombre, la formación humana, filosófica y literaria a base de los estudios clásicos. Y no la mera formación del **profesional** y del erudito enciclopedista. Esta formación profesional,

llamada práctica o moderna, mal podría llevarse a cabo si no están bien echados los cimientos humanos que han de sustentarla. (1).

Sin quererlo nos hemos extendido un poco sobre un tópico que sólo como introducción indispensable había que hacer para el tema que propiamente nos inspiró esta "Apostilla". Casi al acaso, hojeando libros en una de nuestras librerías de la ciudad, topamos con uno que al momento atrajo nuestra atención y que sin más pensar adquirimos. No es ninguna obra de reciente publicación, pues su pie de imprenta trae

(1).—Estas rápidas ideas aquí apuntadas tal vez poco puedan decir al lector que sólo las vea respaldadas por nuestra firma carente de autoridad. Por eso con gusto remitiremos al mismo lector a la densa y bien pensada nota crítico-biográfica que escribió a propósito de Gil Fortoul nuestro autorizado historiador y crítico Doctor Mario Birceño Iragorry en la cuarta edición de sus "**Lecturas Venezolanas**" (Buenos Aires 1945), pgs. 66—68. En dicha nota se aborda de frente, con clara sinceridad y concisión, ese mismo tema de la formación integral que el humanismo clásico supo proporcionar a quienes fueron hombres de legítimo prestigio cultural en nuestra Patria. Y entre otras de aquellas ideas queremos transcribir las siguientes: Gil Fortoul "gustó en la propia Universidad la vieja solera de la cultura clásica que había nutrido a los Vargas, a los Juan Vicente González, a los Cecilio Acosta; captó para su formación aquel brasero humanista que, fuera de los propios muros del Seminario, sirvió a la fragua de nuestro pensamiento nacional, con el aporte de hombres de la talla de Fernando Peñalver, José Luis Ramos y Fermín Toro... Y supo pensar y supo escribir y supo guiar, porque había procedido en la formación de su pensamiento a través de ciclos constructivos. Correspondió al esplendoroso momento de nuestra cultura, en que no sólo nuestros universitarios, sino también los hombres de cultura media, pudieron leer en sus propias fuentes **La Política** de Aristóteles, la **Antígona** de Esquilo y las **Historias** de Polibio.... Moderno por sus conclusiones, Gil Fortoul mantuvo la presencia educadora de la cultura clásica. Fué hombre de basamentos. En antípoda del **erudito** contemporáneo y del doctor que a su paso por la Universidad sólo apuntó fórmulas para curar y fórmulas para armar pleitos en los tribunales. La indagación del proceso formativo de Gil Fortoul lleva a esperanzadas conclusiones. Sirve a rever el plan de nuestra desacreditada Universidad, con miras a eslabonar la clásica tradición humanista, basamento del orden científico y del recto pensar..."

el año 1908, y su título es "**Odas de Q. Horacio Flaco traducidas e imitadas por ingenios españoles y coleccionadas por D. M. Menéndez y Pelayo**" (2) Contiene la traducción de los cuatro libros completos de las **Odas**, las diecisiete odas del **Epodion** y el **Canto Secular**. Y además de todas éstas que son propiamente **traducciones**, se incluyen 42 imitaciones de diferentes odas horacianas.

Dada la competencia humanística de Menéndez y Pelayo, dada su envidiable y casi inigualable capacidad bibliográfica, y además su paladina devoción por Horacio y su obra, aceptamos que nadie mejor que el sabio Maestro español podía encargarse de compilar las mejores traducciones al idioma español de las inmortales odas del poeta venusino. Y para fortuna nuestra, este libro que ahora examinamos es una nueva edición (no sabemos cuál), hecha aún en vida del mismo Menéndez y Pelayo, del que se publicó por primera vez en 1882; y de esa primera edición decía al año siguiente el compilador que "la corrección del texto (cuyas pruebas no vi en su mayor parte) no responde de ningún modo al esmero de la parte artística, habiendo páginas enteras absolutamente ilegibles. Convendría someter a escrupulosa revisión este volumen antes de reimprimirle, substituir también, por otras menos endeables, algunas traducciones que fué forzoso insertar por la premura con que el volumen se recopiló y dió a la estampa y por la dificultad de encontrar a mano algunos libros" (3). Puede suponerse lógicamente que Menéndez y Pelayo cuidase, pues, de la enmienda y mejora de nuevas ediciones de dicho libro, y que esta de 1908 si no la revisó él personalmente en las pruebas (ya que también ésta contiene algunas erratas sensibles), por lo menos la enmendase en lo que respecta a incluir, según su competente y no parcializado juicio, la que creyese **mejor traducción** de cada una de las odas.

Y con esto llegamos ya al punto de interés para nuestra vieja cultura clásica. En

(2).—**Odas de Q. Horacio Flaco**, traducidas e imitadas por ingenios españoles y coleccionadas por D. M. Menéndez y Pelayo. Barcelona, Biblioteca "Arte y Letras", Casa Editorial Maucci, 1908, VII y 349 pp.

(3).—Cfr. M. Menéndez y Pelayo, **Horacio en España**, 3ª edición refundida, tomo I, Madrid 1926, pp 383—384.

esa selección de los mejores traducciones de cada una de las odas de Horacio, Menéndez y Pelayo no titubea en incluir dos traducciones hechas por autores venezolanos. Son estas la oda XIV del Libro I, ("O navis referent...") traducida por Andrés Bello, y la oda XXXI del mismo libro, ("Quid dedicatum...") traducida por J. M. Morales Marcano.

Lo primero que sorprende gratamente en este hecho es encontrarnos con que en un aspecto tan particular de la cultura literaria, como es el estudio y traducción de un poeta latino, aún dada la importancia que innegablemente tiene Horacio, y tratándose de una compilación de la mejor traducción de cada una de las odas, al lado de nombres de la talla y sólido prestigio de Fr. Luis de León, Francisco de Medrano, Los Argensola, Moratin, Albert Lista, Javier de Burgos, y tantos otros que se ejercitaron con tanto acierto en esas mismas traducciones, sin embargo Menéndez y Pelayo considera en justicia superior y preferible en dos casos determinados las traducciones de los numanistas venezolanos Bello y Morales Marcano.

Y que esto fuera absolutamente así, y no simple manifestación de simpatía del compilador para con nuestros paisanos, ni escasez de otras traducciones mejores que poder incluir, es cosa fácilmente demostrable. Porque por una parte Menéndez y Pelayo no estaba haciendo una colección de autores que hubiesen traducido a Horacio, lo cual daba lugar a que se incluyese a esos dos venezolanos; sino que se trataba de ofrecer la mejor traducción completa en castellano de las Odas de dicho poeta latino. Traducciones completas de dichas odas ya existían, y nada menos que hechas por seis diferentes traductores de diversas épocas. Pero ninguna de ellas era, ni podía ser, en todo perfecta. Además el conjunto de traductores de la obra total o parcial de Horacio en lengua española eran más de 165, al menos los conocidos por M y Pelayo. Se trataba pues, de escoger en ese campo tan dilatado, la mejor traducción de cada oda, para así formar el mejor Horacio Español completo, por lo menos en cuanto a las Odas. Y en esa labor de selección no de traductores sino de traducciones, se consideró dignas de figurar sin desdoro, entre las más acertadas traducciones al español, las de dos venezolanos.

Además: ni puede alegarse que tal vez esas dos odas, la 14 y la 31 del libro I, hubiesen sido traducidas por muy pocos auto-

res y así resultara que entre esos pocos los dos venezolanos tuvieron un margen para figurar. Todo lo contrario: precisamente la oda 14 "O navis referent..." es de todas las composiciones de Horacio la que más traductores españoles ha tenido, y en toda época; Menéndez y Pelayo da los nombres nada menos que de veintiocho de esos traductores, —y aún se le escapa algún nombre en esa lista—, y sin embargo, entre todas esas veintiocho traducciones escoge e incluye como la de mejor gusto en conjunto, la de nuestro Andrés Bello a pesar de que éste, tal vez por su tradicional modestia, titulaba su trabajo **imitación de Horacio** y no traducción.

Y algo parecido, aunque en menor grado, ha de decirse de la traducción de la oda 31. De dieciocho traducciones hechas por excelentes humanistas de habla hispana, se lleva la palma para figurar en la selección, la del cumanés Morales Marcano.

Y resalta también el mérito de esas traducciones de los venezolanos cuando las vemos preferidas por el compilador aún a las excelentes del gran poeta y humanista colombiano D. Rafael Pombo. Precisamente de las traducciones de Pombo asienta el mismo Menéndez y Pelayo en el prólogo de la colección que nos ocupa, que "no las hay más valientes y atrevidas en nuestra lengua" (p. VII). Y de hecho incluye en la selección siete traducciones de Pombo. Pero habiendo el mismo Pombo traducido también las odas 14 y 31 ya referidas, no obstante Menéndez y Pelayo prefiere e inserta las de Bello y Morales M.

Cuando Bello moría en Chile en 1865, dejando en pos de sí un reguero de saber y su bien ganado título que había de darle la posteridad, de "primer humanista del Nuevo Mundo", Morales Marcano, nacido en 1830, era ya un hombre en pleno uso de sus facultades intelectuales y provisto de una formación humanística y clásica como todavía entonces, en plena República, se daba en nuestros centros de cultura superior y universitaria. El cetro del humanismo que la muerte arrebató de las manos del venezolano Bello, lo tomaba por lo que respecta a Venezuela y en particular a los estudios **horacianos**, Morales Marcano.

Andando los años un maestro de la categoría y autoridad de Menéndez y Pelayo habría de juntar los nombres de esos venezolanos, y presentarlos como exponentes magníficos de una envidiable cultura literaria de valor internacional, nada menos que en las páginas de un libro de exquisita selec-

ción, en un aspecto particular de la inmortal cultura clásica, y junto a los nombres más sobresalientes de cuatro siglos de la riquísima y envidiable literatura española.

Pero ya a la hora en que tal reconocimiento y encubrimiento de nuestros viejos valores nos venía por la palabra autorizada del más eximio crítico español del siglo XIX, nuestra cultura literaria y nuestros estudios humanísticos marchaban en rápido y vergonzoso descenso. Y como decía a este propósito el insigne Rafael Pombo, ya antes citado, los despreciadores de lo clásico eran "partido numerosísimo en América. (4).

Estas y otras dolorosas reflexiones ocurrieron a nuestra mente luego de analizar el libro de las Odas de Horacio que motivó la escritura de estas líneas, y se mezclaron en agridulce combinación con la satisfacción que nos traía el hallar los nombres de dos venezolanos, ilustres por su cultura literaria, en fraternal ógape clásico con insignes ingenios de otras épocas y de otras latitudes, y expuestos a la admiración y aprecio del mundo intelectual.

Y también una vez más triunfaba la afirmación de que, por lo que respecta a Bello, su envidiable cultura clásica la había adquirido amplia y profunda con los estudios hechos en la Caracas colonial mucho antes de cumplir los treinta años de su edad. Su

(4).—Cfr. "Horacio en España", edic. y tomo ya citados, p. 277.

traducción de la oda 14 de Horacio es un simple rasgo, de valor innegable, de los acabados conocimientos humanísticos del patriarca de las letras americanas, mucho antes de que éste saliera para Londres en 1810. (5).

(5).—Y para reforzar esta misma indicación no queremos dejar de recordar lo que el mismo Bello escribía al frente de su notabilísima obra "Análisis ideológica de los tiempos de la conjugación castellana", al publicarla por vez primera en Valparaíso el año 1841: "Seguro de que la explicación que voy a dar de una parte no menos difícil que interesante del lenguaje descansa sobre bases ciertas, me he determinado a sacar esta obrilla de la oscuridad en que hace más de treinta años que la ha tenido". Y comenta con mucha oportunidad a este propósito Don M. A. Caro: "De estas palabras estampadas en el prólogo se deduce que Bello escribió en Caracas, antes de 1810, el más original y profundo de sus trabajos filológicos". Cfr. Marco Fidel Suárez, **Estudios Gramaticales**. Una advertencia y Noticia bibliográfica por Miguel A. Caro. Colección Escritores Castellanos, Madrid 1885.

De donde se desprende que la formación recibida por Bello en la Caracas colonial lo había capacitado para escribir mucho antes también de sus treinta años, "el más original y profundo de sus trabajos filológicos". Ya Bello se le considera el príncipe de los gramáticos modernos!

Pedro P. Barnola, S. J.

